EOS

sociales que he conoc do. Giner no concebía al hombre solo; era el contraste vivo y la negación vibrante del individualismo hosco y ególatra que reina en la mayoría de las naciones y entre nosotros toma caracteres de retraimiento agresivo, o sirve a las van dades de los espíritus selectos que se encierran en sus torres de marfi ... o de madera pintada. Así como Gner necesitaba s'empre compañía, no trabajaba a gusto sino sab endo que algu en trabajaba cerca de él, y prefería a todos los medios de enseñanza y de educacación los que se der van de la convivencia, el diálogo, el mutuo cambio de impresiones e ideas, así también, y por natural correspondencia de sentido, veia siempre en toda su labor su alcance y proyección soc al, y aun más que esto, la intención predom nante de que sirviera para los otros y se realizase en función del concurso que cada cual debe a todos. Había así, en toda su mental dad y en toda su conducta, un criterio orgánico que ligaba estrechamente el hacer individual con la finalidad social, y que agudizaba, ennobleciéndola, la responsab lidad de los propios actos que obliga a todos los hombres, que no todos s enten con igual fuerza y que algunos no han llegado a sent r nunca.

Ese sentido orgánico de la vida humana estaba acompañado en Giner por una estimación preponderante de la regla moral extend da a todas las direcciones de la conducta, y es fác lmente perceptible en todas sus enseñanzas y en todas sus teorías, desde la jurídica hasta la metodológica de la investigación de la verdad. Ese aspecto de su vida, como el más I gado a efectos prácticos, ha sido también el más claro y

visible para las gentes; y en real dad, ahondando en la trabazón fundamental de las ideas, se llega a encontrar un int mo enlace entre la orientación moral como Giner la entendió y el sent do «social» en cuanto determ na cierto género de intención y de conducta, aparte las especiales determinaciones doctrinales que ese sent do tuvo en Giner por lo que toca a la concepción sociológica y jurídica de la humanidad. Por ello, y dado que en la resultante final del hacer a que naturalmente es llevado el hombre, la regla moral es lo predominante, y a que ella triunse sirven todas las demás fuerzas espirituales que en nosotros debe desarrollar la educac ón, no es irreal considerar que ahí residió la más alta representación de don Francisco, y que de toda su obra como pedagogo, como filósofo y como jurista, lo que culminó fué la ética de su vida y de su influjo educativo y el amplis mo concepto de su tolerancia, forjado al calor de una idea de la cooperación socal (aspecto del sent doo rgánico a que antes me referia) no superada jamás por madie, pues en ella el factor intelectual iba amasado con una gran dosis de vibrante amor a los hombres como hermamos y compañeros en la tarea civilizadora de la espec e.

Conforme a esto, y a la manera de todos los grandes moral stas (los verdaderos educadores son eso, princ palmente), Giner daba el primer lugar en la vida a la regla de conducta aspirada en la mayor pureza, en el más grande desinterés, en el amor más profundo a la verdad, en la estimación de todas las cosas buenas, humanas y naturales, en la fraternidad y en la tolerancia para todas las opiniones y todas